

NEOCLASICO EFIMERO EN VALENCIA: LAS HONRAS FUNEBRES DE LA REINA MARIA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA

INTRODUCCION

El 17 de mayo de 1829 fallecía en Aranjuez la reina *María Josefa Amalia de Sajonia*, tercera esposa de *Fernando VII*. Como era habitual en estas ocasiones, la maquinaria del Estado entró en funcionamiento para organizar el sepelio de la reina finada y remitió una carta personal del monarca comunicando tan luctuoso hecho a las capitales de provincia y principales poblaciones del país, así como a diversas instituciones (Reales Maestranzas, Universidades, Audiencias, etc.) a las que se instaba a celebrar funerales en sufragio del alma de la difunta, según era costumbre.

Tales pompas fúnebres generaban, sobre todo, dos tipos de productos que pueden merecer la atención de la Historia del Arte: por un lado, los cenotafios conmemorativos a levantar en los cruceros o presbiterios de las iglesias que debían acoger las ceremonias celebradas en honor del fallecido; y por otro lado, el "*Elogio Fúnebre*" o sermón ensalzador de la vida y obras del personaje de que se ocupen, lleno casi siempre de una adulación de compromiso. Todo el ambiente generado por el óbito de los monarcas ha sido tratado magníficamente por *Varela* en su libro sobre la muerte del Rey⁽¹⁾ al que puede remitirse el lector interesado.

Los cenotafios, esas grandes maquinarias fúnebres, son buena muestra del arte efímero de la época, obras erigidas con un sentido de provisionalidad, de breve duración, que, aún cuando sus materiales solían ser pobres, pura tramoya de madera y escayola, resultaban muy aparentes e impresionantes a los ojos de los espectadores coetáneos. Como es obvio, su carácter de efímero nos ha privado de su contemplación y estudio riguroso y en directo, pero en muchos casos estos artefactos pasaron a fijarse en la imagen gracias a la stampa grabada o a la descripción literaria.

Va a ser este un arte efímero realizado dentro de las coordenadas que marca el gusto existente en la época y sociedad del momento. Estamos en el año 1829 y con el movimiento romántico a punto de iniciar su andadura, pero el academicismo ilustrado del XVIII todavía está potente y el arte va a mostrar su gusto por el mundo clásico, apareciendo columnas en sus varios estilos, frontones, obeliscos, templos, etc.; aunque no hay que

olvidar la lentitud en el cambio de las modas y la importancia de la tradición, que se manifiesta en la presencia de resabios barroquizantes (esqueletos, relojes de arena, emblemas, símbolos,...) Las formas están cambiando, pero menos lo hace el fondo, la intencionalidad y la ideología de estas máquinas funerarias provisionales.

Ha habido en los últimos años abundantes acercamientos al mundo del arte provisional, y alguno de ellos notable⁽²⁾, tratando de recuperar, aunque sea de modo incompleto, una serie de "*paisajes urbanos*", "*paisajes sonoros*" y "*paisajes artísticos*" ya desaparecidos y que pudieron contemplar y disfrutar los españoles del momento, aun cuando sólo duraran escasos días por su carácter de efímeros.

Trataremos de recomponer los "*paisajes*" que ocasionó en Valencia la muerte de *María Josefa Amalia de Sajonia*, refiriéndonos a los túmulos levantados por la Real Audiencia en la Iglesia del Carmen; por la Universidad en la Capilla de Nuestra Señora de la Sabiduría y por la Real Maestranza en las Escuelas Pías.

CATAFALCO LEVANTADO EN EL CARMEN POR LA REAL AUDIENCIA

La Audiencia fue la corporación que más temprano celebró las honras fúnebres por *María Josefa Amalia*, el 15 de junio de 1829 en la Iglesia del Convento del Carmen, donde mandó levantar un suntuoso mausoleo cuya minuciosa descripción nos ha llegado gracias a la edición del "*Elogio Fúnebre*" que pronunció el dominico

(1) Varela, J. "*La muerte del Rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*". Edit. Turner. Madrid, 1990.

(2) - Pedraza, P. "*Barroco efímero en Valencia*". Edic. Ayuntamiento de Valencia. Valencia, 1982.

- Allo Manero, A. "Origen, desarrollo y significado de las decoraciones fúnebres. La aportación española". En *Lecturas de Historia del Arte*. Ephialte. Vitoria, 1989. Págs. 89-104.

- Moreno Garbayo, J. "*Fiestas en Manila. Año 1825*". Editorial Patrimonio Nacional. Madrid, 1977.

- Pardo Canalis, E. "Cinco cenotafios reales de 1819 a 1834". En *Arte Español*. Primero y segundo cuatrimestres. Madrid, 1949. Págs. 161-168.



Catafalco erigido el 15 de Junio de 1839 a
Nuestra augusta Reyna Doña Maria Josefa
Amalia: por la Real Audiencia de Valencia.

Catafalco levantado por la Real Audiencia en la Iglesia del Convento del Carmen. Grabado

setabense Fray Vicente Hernández Medina⁽³⁾ y del que conocemos su aspecto por la lámina grabada que abrió Manuel Pelegrer, según dibujo de Juan Anselmo Alfonso.

Se ocupó de este cenotafio Ferrer Martí⁽⁴⁾, si bien no reprodujo la imagen del mismo y por ello me detendré en su descripción puesto que se incluye aquí la estampa grabada.

Se trataba de una forma piramidal, de 60 palmos valencianos de alto y 36 de ancho (palmo valenciano=22'65 cms.), colocada sobre un zócalo de 6 palmos de altura en cuyos lados se abrían sendas escaleras, ubicándose en los ángulos trofeos militares; "continuaba en el centro sobre la línea del zócalo la pirámide, y en sus cuatro frentes unos cuerpos de robusta arquitectura con sus frontispicios o acapuchinados que contenían igual número de lápidas donde se hallaban grabadas (...) inscripciones alegóricas".

Sobre los frontones se colocaron símbolos de la muerte, el reloj alado en alusión al tiempo que pasa, ramas de ciprés, y por encima de ellos flameros en tríramas de ciprés; los escudos de armas de España, Sajonia y Valencia también estaban presentes y sobre estos unos bajorrelieves que representaban la Caridad con los pobres, la Hospitalidad con los enfermos, el Tiempo conduciendo a la difunta al sepulcro mientras España llora su pérdida, y en el cuarto lado el advenimiento al trono; otras cuatro tazas humeantes se colocaron por encima y remataban la pirámide las insignias reales, corona y cetro, puestas sobre un doble cojín.

Las paredes de la Iglesia se cubrieron de bayetas negras y se adornó con hachones y blandones, armas, cruces, empresas, trofeos y blasones de la fenecida, dejando patente una vez más la presencia de una parafernalia y alusiones de signo barroquizante.

El Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos guarda memoria de la remisión por la Audiencia de varios ejemplares del "Elogio Fúnebre" de la Reina en el acta de su Junta Ordinaria de 6 de septiembre de 1829; dice así: "Se continuó dando cuenta de un Oficio del Señor Dn. Nicolás Gómez Villaboa, Regente de la Rl. Audiencia, acompañando 6 ejemplares del Elogio Fúnebre pronunciado en las Exequias que celebró dicha Rl. Audiencia en justa memoria v. señora Reyna N.ª S.ª D.ª María Josefa Amalia (Q.E.G.E.). La Junta recibió con singular aprecio esta expresión del Sr. Regente y Académico de Honor, acordando se le contesten las gracias por su atención y seguidamente deliberado se conserven dos ejemplares en el Archivo, se repartieron las restantes una al Excmo. Señor Dn. Salvador de Perellós, el segundo

para que se remita al Sr. Dn. Vicente López Director General y el tercero al Sr. Dn. Miguel Parra que hace sus veces, y el cuarto para que turne y puedan leerle los profesores"⁽⁵⁾.

No era la primera vez que Fray Vicente Hernández Medina hacía una *Oración Fúnebre*; también había hecho el "Elogio" para la reina M.ª Luisa de Borbón, muerta en 1819, encargado por la Audiencia y pronunciado en la misma Iglesia del Carmen, siendo publicado en la imprenta de Benito Monfort el mismo año.

Empieza su panegírico apoyándose en una cita del 2.º libro de los "Macabeos", "Fue ejemplar de virtud y fortaleza", y todo el desarrollo siguiente es una loa constante para poner de relieve las virtudes de María Josefa Amalia.

Pueden espigarse en el texto referencias de signo barroquizante ("esas armas, cruces, empresas, trofeos y blasones que indican su existencia pasada"; "momento vacío de verdad, pero lleno de desengaños") y alusiones iconográficas anteriores en relación con las virtudes de la reina: "La fe se presentó con su velo blanco, la esperanza con su ramo verde, la caridad con su cinta encarnada, la religión con sus inciensos, la prudencia con su peso, la justicia con su balanza, la fortaleza con su broquel de bronce, la templanza con su compás ajustado, la pureza con su cristal terso, el recato con su cadena dorada, la beneficencia con sus manos abiertas, la compasión con su corazón llagado"; pero en realidad es un ejemplar del neoclásico efímero, más purista que el construido en la catedral por el Ayuntamiento y Cabildo Metropolitano del que, a título ilustrativo, se incluye el grabado.

CATAFALCO ERIGIDO POR LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

Como institución de importancia e influencia social en la época, reducto de personas conservadoras y

(3) Elogio Fúnebre que en las exequias de la Reina Nuestra Señora D.ª M.ª Josefa Amalia de Sajonia celebradas por el Real Acuerdo de la Audiencia de Valencia en la Iglesia del Convento del Carmen el día 15 de junio de 1829 dijo el M.R.P. Fray Vicente Hernández Medina, etc. etc. Imprenta de Benito Monfort. Valencia. Sin año de edición (debe ser 1829).

(4) Ferrer Martí, S. "Un ejemplo de arquitectura funeraria efímera: los cenotafios reales en la Valencia decimonónica". En *Actas Primer Congreso H.ª del Arte Valenciano*. Mayo, 1992. Dpto. H.ª del Arte y Conselleria de Cultura. Págs. 481-485.

(5) Archivo Real Academia de San Carlos de Valencia. *Libro de Acuerdos en limpio de las Juntas ordinarias desde enero del año 1828 hasta noviembre de 1845. Acta de 6 de septiembre de 1829.*



To Palmas *Valencians*
A LA GRATA MEMORIA
De Doña Maria Josefa Amalia Reyna de España.
EL EXMO AYUNTAMIENTO DE VALENCIA.

Cenotafio levantado en la Catedral por el Ayuntamiento de Valencia y Cabildo Metropolitano. Grabado. Colección particular

avalistas de lo que el trono y el altar suponían (buen número de catedráticos y profesores eran clérigos), también la Universidad recibió la Real Carta de 18 de mayo de 1829, mediante la que se le enteraba de modo oficial de la muerte de Su Majestad; noticia que puso en funcionamiento los órganos de gobierno propios para componer los funerales que la tradición y el agradecimiento hacia los monarcas exigían y que debían dirigirse, según se acostumbraba en situaciones parecidas, a la erección de un catafalco en la Capilla universitaria y a la redacción de un elogio fúnebre de la finada.

Así pues, reunido el claustro de catedráticos al conocer la mala nueva, acordó celebrar el solemne funeral el día 17 del mes de Junio, justo un mes después del óbito de la Real persona. Jorge Comín⁽⁶⁾, autor del libro de exequias, deja entrever en su escrito la preocupación por la premura de tiempo para tenerlo todo a punto en la fecha indicada; problema que fue resuelto por la diligencia en los encargos y la gratitud debida hacia una reina tan amante y protectora de las ciencias y las artes, que se había dignado premiar a la Universidad valenciana con una visita de su persona y de su esposo Fernando VII.

La puerta principal de la Universidad y de la Iglesia de San Andrés, a cuya jurisdicción pertenecía la institución docente, se adornaron mediante un pabellón de telas negras, con franjas y borlas doradas, donde se presentaban las armas reales de España y Sajonia "*entre lúgubres trofeos*" (quizá calaveras, esqueletos, guadañas, relojes de arena, etc., tan del gusto barroco).

Los profesores presbíteros celebraron misas en sufragio de la difunta en los altares de la Iglesia cuyo pavimento enlutado hacía resaltar el monumento fúnebre levantado en la cabecera. Desconozco si se hizo estampa grabada del mismo y si se ha conservado algún ejemplar, pero mientras tanto, la descripción que del mismo se hace en el "Elogio" de Jorge Comín, es más que suficiente para tener una imagen, al menos mental, una suerte de "*pintura (d)escrita*":

"Presentaba esta obra una grandiosa pirámide truncada, levantada a la altura de 36 palmos sobre su proporcionada base, en cuya frente aparecían en bajo relieve los símbolos de las ciencias y de las artes en ademán de llorar la muerte de su Augusta Protectora. En la parte inferior de la pirámide, arcos rebajados imitaban una bóveda donde estaba colocada la urna sepulcral, y agrupados sobre ella los geroglíficos de la rapidez de nuestra vida y de la Real dignidad de la Difunta. A uno y otro lado de esta mole se fijaron columnas(sic) de orden dórico, sobre cuyos capiteles aparecían las representaciones del dominio de S.M. en ambos

hemisferios. Servían de adorno y decoración de esta obra los festones dorados graciosamente puestos, los trofeos militares pendientes de las columnas con lazadas de cordones de oro, los grupos de niños con expresión sentimental, y las grandes tazas para las flamas, simétricamente distribuidas sobre tripies dorados. Cerraba la obra y cubría todo el altar un cortinaje negro sostenido por los lados y prendido graciosamente con los cordones de oro".

Presidió los actos, que tuvieron por fondo la maquinaria descrita, el rector D. Luis Exarque, Canónigo a la vez de la Catedral, quien estuvo acompañado de los Pabordres de la Seo, catedráticos y demás profesores revestidos de sus insignias doctorales, el clero de la parroquial de San Andrés, que actuó de coro, y la orquesta prevenida al efecto. Se pronunció el "Elogio Fúnebre" y terminó la "*melancólica función*" con el canto responsorial en el que alternaron Claustro y Clero con la orquesta.

Según esto, podemos deducir que la parafernalia funeraria del barroco había cambiado ya; no se erigen baldaquinos, sino, en este caso, pirámide truncada de raigambre egipcia acompañada de columnas jónicas; pero siguen estando presentes como reminiscencias barrocas los jeroglíficos, trofeos fúnebres, bayetas negras, matronas alegóricas, amorcillos llorosos, etc. Hay, pues, un cambio en las formas, si bien con la presencia de ecos de épocas anteriores que la fuerza de la tradición y la costumbre imponen; pero el fondo, la intención y la ideología que subyace en estos catafalcos erigidos para honrar a la tercera esposa del Borbón Fernando VII, el último rey absoluto, tiránico a veces, es la misma (o casi) que pudiera animar el catafalco de cualquiera de los Austrias.

Los materiales serían pobres, madera y escayola, tela y cartón nuevos para la ocasión o reaprovechamientos de ceremonias similares anteriores. En el caso que nos ocupa se desconoce el mentor y el ejecutor del programa fúnebre, pero no es aventurado afirmar que sería obra de algún famoso intelectual y de un notable escultor del momento, según se acostumbraba a hacer.

(6) Exequias a la Reina de las Españas D.^a M.^a Josefa Amalia de Sajonia, celebradas por el claustro de catedráticos de la Universidad de Valencia en su capilla de Nuestra Señora de la Sabiduría el día 17 de junio de 1829, y elogio fúnebre pronunciado por el P.M. Fr. Jorge Comín, etc. etc. Imprenta de D. Benito Monfort. Sin año de edición, pero debe ser 1829.

CATAFALCO ORDENADO POR LA REAL MAESTRANZA

Esta institución de caballería, fundada en 1690 para que sus miembros, la nobleza valenciana, pudiera practicar juegos ecuestres en honor de su patrona la Inmaculada, determinó ejecutar el catafalco que había diseñado para levantar en Roma el arquitecto mayor del Rey, *Isidro (González) Velázquez*, hacía diez años para otros funerales, introduciendo las modificaciones pertinentes; en nuestra ciudad se levantaría en la Iglesia de las Escuelas Pías, “*grandiosa, rotunda, cuya forma sugirió la idea de un magnífico panteón rodeado de reales sepulcros*”. Con el fin de dar tiempo para disponerlo todo de modo conveniente, se fijó la fecha de celebración en el día 1 de Julio.

No solo el interior se adornó para la celebración fúnebre, sino que en la misma puerta del templo se ubicó una gran lápida de mármol adornada de pabellones negros con borlas y flecos de oro y una inscripción poética. Al interior del ingreso principal se grabó en una lápida de mármol negro otra composición poética.



Escudo de la Real Maestranza de Valencia. Grabado

El público asistente se vio sorprendido a causa de la transformación sufrida por el templo mediante el recubrimiento de sus paredes con telas negras y flecos dorados hasta el anillo cúpular. En las capillas, también forradas de bayetas negras que ocultaban sus altares,

aparecían sepulcros de mármol blanco y variadas formas, con trofeos, timbres y escudos alusivos al personaje regio cuyas cenizas simulaban guardar. Se trataba de dar una lección a los mortales, entre los que la muerte no perdona ni solios ni jerarquías, en la más pura línea manriqueña.

El catafalco, efectivamente, debió ser majestuoso, a tenor de la descripción pormenorizada que del mismo se hace⁽⁷⁾:

“Servíale de base un zócalo cuadrado de piedra de color oscuro, en cada uno de cuyos cuatro ángulos se elevaba sobre un pedestal octágono un grupo de niños de mármol blanco y dolientes actitudes, sosteniendo sobre sus cabezas las tazas que daban pábulo a cuatro fúnebres piras. Desde este gran zócalo, a cuyo plano se subía por cuatro escalinatas colocadas en medio de cada uno de sus frentes, se alzaba un cuerpo almohadillado de severa y sólida arquitectura, y en sus cuatro fachadas daban paso otros tantos arcos a una bóveda, lúgubre y opacamente iluminada por varias luces ocultas bajo su mismo pavimento. En medio de esta bóveda campeaba sobre cuatro leones de alabastro la Real urna de mármoles de mezcla con doradas labores y bajos relieves, cubierta en parte por un riquísimo manto de terciopelo negro recamado de oro y con flecos, borlas y cordonería del mismo metal, terminando el fúnebre trofeo la Real corona sobre iguales y no menos preciosos almohadones. Decoraban los cuatro frentes ocho estatuas de mármol blanco, sentadas y apoyadas a los machones de los arcos, representando las virtudes que más resplandecían en la ilustre difunta. Tales eran la Fe, la Caridad, la Esperanza, la Fortaleza, la Prudencia y la Templanza con los conocidos atributos que las distinguen, completando tan digna comitiva la Modestia con la frente inclinada y los ojos bajos, envuelta en su largo ropaje, y la Paciencia, fijando la planta sobre ásperos abrojos, y esperando la más dulce resignación en su rostro apacible (...) Terminaban los cuatro frentes de la bóveda otros tantos áticos o frontispicios. El que correspondía a los pies del templo ostentaba entallado en oro el escudo de armas de España entre marciales trofeos; el que miraba al altar estaba decorado con las de la Real Maestranza en medio de las insignias y preseas de la antigua Caballería.

(7) Oración Fúnebre que en las solemnes exequias de la Católica Reina de las Españas Doña M.^a Josefa Amalia de Sajonia, celebradas por la Real Maestranza de Valencia en la Iglesia de las Escuelas Pías el 1.^o de julio del año 1829, dijo el P. Joaquín Esteve de San Miguel, Vicario General de la orden de las Escuelas Pías de España. Imprenta de Don Benito Monfort. Sin año.

A los cuatro ángulos de otro nuevo zócalo, cuya altura apenas sobrepujaba el punto más elevado de los frontispicios, ardían cuatro elegantes trípodes, y en la misma línea, aunque más próximos al centro, otros cuatro candelabros de diversa estructura y mayor elevación que piramidaban el grupo de luces en torno al segundo cuerpo. Consistía este en una robusta y gigantesca columna dórica colocada en el punto céntrico del referido zócalo sobre un pedestal octágono de mármol de mezcla. Ceñía la columna en su primer tercio y a corta distancia de su base con un nuevo octágono, cuyas caras principales correspondían a las claves de los arcos de la bóveda, y las otras a los ángulos de la misma. Ocupaban el espacio de estas, cuatro genios cuyo gesto y ademán expresaba la más viva aflicción, representando uno de ellos el Amor conyugal sin venda en los ojos y con las alas cortadas, apoyado tristemente en un yugo hecho pedazos. El segundo era el Himeneo con la antorcha vuelta y apagada; el tercero denotaba ser el genio de las artes por el lapicero y el rollo de dibujos que tenía en la mano, y en el cuarto no era posible desconocer al Nímen poético por la llama que ardía sobre su cabeza y por la lira con las cuerdas rotas que contemplaba con el mayor desconsuelo. En la cara del mismo octágono que miraba a la puerta principal del templo se leía la siguiente inscripción: "D.O.M. / A SU MALOGRADA REINA / DOÑA MARIA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA / DECHADO DE TODAS LAS VIRTUDES. / D.E.M. / LA REAL MAESTRANZA / DE VALENCIA /."

Las que correspondían a los frentes laterales de la bóveda contenían varios emblemas alusivos a la inestabilidad de la vida y a las heroicas prendas de la esclarecida soberana, objetos de tan dolorosos homenajes; y en la cara del octágono que miraba al altar se leía lo siguiente: "ARREBATADA / DEL AMOR DE SU AUGUSTO ESPOSO / Y DE LOS ESPAÑOLES / EN LA FLORIDA EDAD DE 25 AÑOS, 5 MESES Y 11 DIAS / A 17 DE MAYO DE 1829 / R.I.P.A./".

Coronaba por fin esta gran máquina, no muy lejos de la linterna del cimborrio, la estatua colosal de la Muerte, colocada sobre el capitel de la columna, ostentando su tiránico triunfo, y hollando con su descarnado pie los mustios trofeos de la humana grandeza. Réstanos decir que adornaban la escalinata principal del gran zócalo el riquísimo estandarte, los timbales, lanzas y otros instrumentos bélicos de la Real Maestranza, mientras cuatro individuos del mismo cuerpo con botas de montar y espada en la mano custodiaban a sus cuatro ángulos el grandioso cenotafio que acabamos de describir".

En nota a pie de página se dan las medidas del túmulo: "La altura del catafalco era de 100 palmos valencianos, y el ancho de su base 50; su ejecución en general y la parte perteneciente a pintura estuvo a cargo de D. Miguel Parra, pintor honorario de Cámara de S.M. y Director de esta Real Academia; habiendo dirigido la de escultura D. José Piquer, Académico de mérito y maestro de la misma. De los versos e inscripciones tuvo a bien encargarse el Dr. D. Juan Nicasio Gallego, presbítero, individuo de la Real Academia de "San Fernando" de Madrid y vecino de esta ciudad".

Presidió el funeral el Capitán General y dijo la misa de réquiem el capellán maestrante D. Agustín Fivaller; se cantó el patético *Dies Irae* del famoso Lionell de Barcelona y dirigió la parte musical el maestro de capilla de la Catedral, D. Francisco Andreu; al acabar la misa, pronunció el Elogio Fúnebre el M.R.P. Joaquín Esteve de San Miguel, Vicario General de las Escuelas Pías.

Por la descripción se ha podido comprobar que fue este cenotafio una mixtificación del estilo neoclásico con elementos barrocos todavía. Los frontones, arcos, la columna dórica, los personajes alegóricos, etc., comparten el espacio tumular con los emblemas, trofeos y estatua de la Muerte enseñoreada en lo más alto de la columna central. Y todo en el catafalco se dirigía a poner de manifiesto las virtudes de la reina, la inexorabilidad de la muerte y la irreparable pérdida para su augusto esposo y súbditos del reino.

Así pues, finalizada la aproximación de lo que fueron estos tres cenotafios de M.^a Josefa Amalia contruidos en Valencia, podría concluirse lo que ya hace años señaló Pardo Canalis y es que se pone de manifiesto un ropaje neoclásico que reviste un alma barroca. Barroso Vázquez⁽⁸⁾ indica con fortuna el carácter dual de la obra efímera, como campo de experimentación de nuevos conceptos y como refugio de otros anticuados pero aún permanentes en el gusto general del público. En la misma dirección se había manifestado el maestro Chueca⁽⁹⁾ al hablar de ambivalencia en el arte neoclásico, al que considera el último gran estilo de Occidente, en cuyo fondo ve subyacente algo del espíritu romántico en esa mezcla decorativa y gusto por lo exótico y orientalizable.

(8) Barroso Vázquez, M. D. "Pluralidad estilística de la arquitectura efímera gaditana a fines del siglo XVIII". En *Actas del IX Congreso Nacional del CEHA*. León, 1992. Pág. 160.

(9) Chueca Goitia, F. "Varia Neoclásica". Edic. Instituto de España. Madrid, 1983. Págs. 12-17.

Y habría duda al afirmar si se trata de pervivencias barroquizantes o presencia ya de elementos románticos en un estilo que de nuevo había vuelto sus ojos al orden y armonía clásicos.

Sigue siendo válida la explicación del carácter ascensional que se da a estas manifestaciones de arte transitorio y de unión, a la vez, de lo terrenal con lo superior; el monumento une la tierra con el cielo a través de la existencia virtuosa de una reina con halo de santidad mediante una rica iconografía justificada en todo momento y detalle en la cultura clásica y en la más ortodoxa teología.

Finalizaremos con una cita de *Gaya Nuño*⁽¹⁰⁾ quien igualmente ve en la escultura del XIX una continuidad del XVIII, lo que se puede hacer extensible a buena parte del arte efímero generado por el óbito de los monarcas: *"ni una sola brusquedad cabe registrar en el*

tránsito de un siglo a otro por lo que se refiere a la escultura. Lo que el XVIII transmite al XIX es respetado íntegramente por éste en su primer tercio y aún en buena parte del segundo. El repertorio clásico; los dioses, semidioses y héroes; el afecto para con Grecia y Roma; la adhesión a unos principios estéticos que como recién instaurados, se entendían como integrantes de toda una revelación".

SANTIAGO MONTOYA BELEÑA

(10) Gaya Nuño, J. A. "Arte del siglo XIX". En *Ars Hispaniae*. Edit. Plus Ultra. Madrid, 1966. Vol. 19, pág. 69.